

las cosas inmundas, y caía por las calles, donde la infección de los cadáveres insepultos engendraba enfermedades contagiosas. Oponíanse á los males las supersticiones, y afirmando unos aúgures etruscos haber salvado con sus ritos á la ciudad de Narni por haber atraído el rayo sobre el enemigo, llegaron á ofrecer obrar del mismo modo en Roma. Pompeyano, prefecto de la ciudad, consultó los libros pontificales con el fin de averiguar cual partido seria preferible en tan apurado trance; pero las sibilas que habian vaticinado la eternidad á Roma en la época de su nacimiento, ya no tenían voz sino para predecirle la muerte cuando estaba en la agonía. Habiendo declarado los arúspices que el cielo no podía ser aplacado más que por medio de públicos sacrificios, para cuya celebracion debia subir el Senado en cuerpo al Capitolio, ningun senador se atrevió á concurrir á la ceremonia, y fueron despedidos los etruscos. Todavía se esperaban socorros de Rávena, si bien salió fallida tan lisonjera esperanza, de cuyas resultas no quedó otro arbitrio que implorar la clemencia del rey godo.

A este fin se le enviaron en calidad de diputados el senador Basilio, y Juan, tribuno de los notarios, y habiendo dicho estos á Alarico: *¿No ves cuanta gente hay todavía dentro de Roma?* les dió por única respuesta: *Cuanto más espeso nace el heno mejor se corta;* y les intimó que le entregasen toda la plata y todo el oro que hubiera en el recinto, de aquellos muros, público ó de los particulares, todos los objetos de precio y todos los esclavos bárbaros.

*¿Y entonces qué nos dejase?* preguntaron los diputados; y Alarico repuso: *La vida.*

No obstante, consintió en un armisticio, durante el cual quiso ceder á un sentimiento algo más humano. Redujo en su consecuencia la contribucion á cinco mil libras de oro, á treinta mil de plata, á treinta mil de pimienta, á cuatro mil ropajes de seda, y tres mil piezas de púrpura fina: además insistió en exigir la libertad de todos los esclavos bárbaros. Púsose á tributo á todos los ciudadanos á fin de completar aquel rescate, sin que fuera posible conseguirlo, ni aun á costa de los mayores afanes. En la crítica situacion hubo necesidad de recurrir á los ornamentos de los templos; muchas estátuas fueron fundidas, y entre otras la del Valor; deplorando los idólatras esa desaparicion como señal de que habia desaparecido la virtud romana.

Satisfecho Alarico con aquel precio levantó el sitio, y por espacio de tres dias consecutivos hubo mercado de viveres en los arrabales, lo cual permitió atestar los graneros públicos y los almacenes particulares, previendo nuevos reveses. Alarico hizo observar á sus tropas una rigurosa disciplina, prohibiendo todo insulto á los vencidos: enseguida enderezó sus pasos hácia la Etruria, donde tenia intencion de pasar el invierno. Cuarenta mil bárbaros, cuyas cadenas acababan de quebrantar en aquel momento, se incorporaron á su falange, no respirando más que venganza en contra de sus antiguos

y rigurosos señores. Al mismo tiempo le traía su cuñado Ataulfo un refuerzo de hunos y de godos; y de esta suerte se encontró á la cabeza de cien mil hombres en el corazon de la desanimada Italia. Pero, como parecia que anhelaba la paz, fueron enviados espresamente tres senadores desde Roma á la córte de Rávena para solicitar el cange de rehenes y la celebracion de un tratado. Como base de éste pretendia Alarico el cargo de general de los ejércitos de Occidente, con una provision anual en dinero y en trigo, y la posesion de la Dalmacia, de Nórica y de Venecia, lo cual le hacia dueño del Danubio y de la Italia. Olimpío, ministro de Honorio, rehusó abiertamente acceder á tamaña exigencia, y aun hizo que partiera con direccion á Roma un cuerpo de dálmatas, fuerte de seis mil hombres, en pos de los negociadores; á cuyo aspecto amenazador irritados los bárbaros los envolvieron por todas partes y los mataron.

Poco después cayó Olimpío en la desgracia de Honorio, y fué desterrado; después recuperó su autoridad perdida: otra vez quedó sin valimiento, y espiró en el suplicio de los azotes, habiéndosele cortado antes las orejas. El emperador que no podía pasarse sin un amo, le reemplazó con Jovio, prefecto del pretorio. Entonces se llamó nuevamente á los gentiles y á los paganos para los mandos y las magistraturas. Gennerido, de origen bárbaro y profesando la idolatria, fué nombrado general de la Dalmacia, de la Panonia, de la Nórica y de la Retia; disciplinó las tropas, las animó con recompensas, dándoles á veces de su propio peculio para suplir la mezquindad de la corte, y atrajo á sus filas diez mil auxiliares hunos, bien provistos de viveres y de rebaños. Así se encontró en aptitud de proteger con éxito la frontera de la Iliria.

Pero muy lejos de secundar la corte tales esfuerzos se hallaba enteramente ocupada en innobles y peligrosas intrigas. A instigacion del prefecto Jovio, amotinados los guardias pidieron la cabeza de dos generales y de los dos primeros eunucos; estos fueron degollados; refugiáronse á Milan los otros. Produjo nuevas alteraciones dentro de palacio otro eunuco intrigante llamado Eusebio, como tambien el cruel Alobico, hasta el momento en que haciéndose enemigos por rivalidad mútua, fué el primero muerto á palos en presencia del mismo soberano del imperio. Su rival se entendió con el emperador de las Galias, Constantino, á fin de derrocar á Honorio, y le hizo bajar hasta las orillas del Pó, so pretexto de emprender la guerra contra los godos. Descubrióse en tanto aquella trama; y no atreviéndose Honorio, quien conocia sobradamente su impotencia, á castigar resueltamente á Alobico, dispuso una cabalgata, en medio de la cual mandó que fuera asesinado. Entonces echando pié á tierra se postró de hinojos y dió gracias á Dios, que le habia libertado de un traidor.

Alarico habia enviado nuevas proposiciones de paz por conducto del papa Inocencio I, y ya empezaba Jovio á entrar en negociaciones, cuando

impulsado Honorio por sus cortesanos, escribió al papa encomendándole que dispusiera del tesoro con tal de que no prostituyera á un bárbaro los honores militares de Roma. Alarico, á quien le fué enseñada esta carta, montó en cólera á su lectura, y rompió las negociaciones, vomitando su boca furiosas invectivas contra el imbécil emperador. Por otra parte la corte obligó á los principales oficiales á jurar, por la sagrada cabeza del soberano, no tratar en ningun tiempo y bajo ninguna condicion con el enemigo del imperio, sino al revés, hacerle una guerra implacable: tanta confianza infundian los pantanos de Rávena.

**Segundo sitio de Roma** — Pero el resto del imperio se hallaba entregado á merced de los bárbaros, y Roma vió nuevamente al terrible Alarico dirigirse en contra suya (409). Conservando todavía moderacion en la prosperidad y en la ira, siguió enviando obispos al emperador á fin de que salvara á la ciudad y á la Italia toda de una inevitable ruina, si bien fueron infructuosas todas las amonestaciones. Apoderóse, pues, del puerto de Ostia, é intimó á Roma rendirse á discrecion, so pena de ver destruidos de un solo golpe los almacenes de donde sacaba sus subsistencias. Hubo de ceder el Senado á los clamores del pueblo; y Alarico le ordenó que admitiera por emperador á Flavio Atalo, prefecto de la ciudad. Este nombró al bárbaro, que le habia creado emperador, general de los ejércitos de Occidente, y á Ataulfo capitán de sus guardias con el título de conde de los domésticos, esto es, de su guardia personal; de este modo pareció como si se protegieran mútuamente ambas naciones. Después de haber distribuido Atalo los empleos civiles y militares á sus íntimos parciales, convocó el Senado y declaró que su intento era hacer revivir la antigua magestad romana, y dilatar el imperio por el Egipto y por el Oriente, usurpados con grave detrimento suyo; necias fanfarroñadas á que le impulsaban los bárbaros de quienes era juguete. Entretanto fueron enviadas tropas á Africa para asegurarse de su obediencia: Milan y el resto de Italia aceptaron con unánime consentimiento al nuevo agosto, quien procuró ganarse partidarios otorgando apoyo á los paganos y permitiendo otra vez sus asambleas. Hallábase acampado junto á Rávena, rodeado de batallones godos, cuando recibió de Honorio la proposicion de repartir con él las provincias occidentales; negóse á ello terminantemente, diciendo: «Deponga al instante la púrpura, y le concederé un tranquilo destierro en alguna isla remota.»

Tan perdida pareció la fortuna de Honorio que Jovio, su ministro, y Valente, su general, se pasaron á las filas de Atalo. De resultas se apoderó del hijo de Teodosio tal desaliento, que temblaba hallar un traidor en cada uno de sus amigos y de sus criados, y tenia buques al ancla, para trasladarse, si lo exigia la necesidad, al territorio sometido á su sobrino. Pero cambió de súbito el aspecto de las cosas. Cuatro mil veteranos, enviados (410)

desde Oriente en su ayuda, desembarcaron en Rávena y se encargaron de su defensa. Las tropas poco numerosas despachadas por Atalo á Africa fueron completamente batidas por el conde Heracliano, que, estorbando la esportacion de granos, redujo al hambre á Roma, y dió margen á una sublevacion del pueblo. Por otra parte Alarico concibió celos de su protegido, quien secundando algunas veces al Senado, parecia desconfiar de los godos, y otras prestaba oídos á los consejos de Jovio, elevado por él á la dignidad de patricio. De consiguiente en el instante en que era crítica hasta el ultimo extremo la situacion de Honorio, vió llegar las insignias imperiales de que Alarico habia despojado á Atalo, y que le enviaba en señal de paz.

Pero imbuidos los ministros del emperador en su estúpida soberbia le apartaron del designio de entrar en negociaciones: al mismo tiempo el godo Saro, enemigo de los Baltos y personalmente de Ataulfo alentaba á Rávena á que se defendiera; y aun para provocar al enemigo hizo una salida con poca gente, y aniquiló totalmente un cuerpo de ejército godo.

**Saqueo de Roma.** — Entonces tornó á presentarse Alarico bajo los muros de Roma sediento de venganza y de pillaje; y después de un largo asedio penetró en su recinto, gracias á la traicion de algunos esclavos (24 de Agosto) pasando por debajo de los arcos de triunfo erigidos siete años antes para celebrar el completo estermio de su nacion. De esta suerte la ciudad de los césares fué entregada al furor, largo tiempo reprimido, de los bárbaros, después de haber saqueado al mundo por espacio de mil ciento sesenta y tres años. No obstante, Alarico ordenó que se economizara el derramamiento de sangre y se respetaran las iglesias de San Pedro y San Pablo. Desde este momento la religion de Cristo es la única salvaguardia de aquellos que la habian perseguido.

Habiendo penetrado un godo en la morada de una virgen de edad avanzada, le exigió oro: ella le condujo á un armario y mostrándole una gran cantidad, le dijo: *No haré empeño en retener aquello cuya defensa me es imposible; pero quiero que sepais que estos objetos están consagrados á San Pedro: si los tocáis, caiga el sacrilegio sobre vuestra conciencia.* No se atrevió el bárbaro á tocarlos, y dió aviso de su descubrimiento á Alarico, quien mandó que fueran restituidos intactos á la iglesia del príncipe de los Apóstoles. Ofreció un espectáculo singular ver una procesion de aquellos feroces godos adelantándose desde el monte Quirinal entre dos hileras de soldados, mezclando bélicos gritos á las piadosas salmódias, y volviendo en triunfo aquellos vasos al Vaticano; triunfo muy diferente de los anteriores, el cual anunciaba nuevos tiempos próximos á nacer del seno de las antiguas ruinas. Cristo triunfa allí donde las armas terrestres estaban reducidas á la impotencia, y tantas vidas salvadas bajo la protec-

ción de los santos asilos daban inequívoco testimonio del poder civil de la religión nueva.

Sin embargo fuera de aquellos refugios el furor de una soldadesca bárbara se abandonó á todos los excesos que destruyen comunmente á una ciudad tomada por asalto; y la cólera de tantos esclavos, que no respiraban más que odio, se hartó allí de sangre. Se hizo extensivo el saqueo desde las obras maestras de las artes más insignes hasta los muebles y las vestiduras de los particulares: oro, joyas, piedras preciosas, fueron echados en monton en la larga fila de carros que arrastraba en pos de su huella el ejército de los godos, mezclando todas aquellas alhajas con mesas de plata, alfombras y ropajes de seda. El hacha ignorante del bárbaro hendió magníficos vasos y echó por tierra admirables estatuas. Hízose uso de tormentos atroces á fin de descubrir ocultos tesoros; se desmoronaron suntuosos palacios en medio de las llamas: muchos hombres fueron pasados á cuchillo, mayor número de ellos quedó reducido á la esclavitud, salvo los que pudieron rescatar el afecto de sus deudos y la caridad religiosa. Muchas vírgenes y nobles matronas solo lograron libertarse de la deshonra por medio de una muerte voluntaria (28). Una dama de extraordinaria hermosura fué acometida por un mancebo godo, y le resistió de modo, que enternecido á la vista de la virtud tan acrisolada, la condujo sana y salva á su marido (29). También fué invadida la casa de Marcela, la amiga de San Gerónimo, preguntándole los bárbaros donde había escondido sus tesoros, y como respondiera que era demasiado pobre para poseerlos, empezaron á torturarla. Resignada á los tormentos se limitaba únicamente á suplicarles que no separaran de su lado á su hija Priscilla, por temor de verla ultrajada; y de tal manera partían el corazón sus apasionados ruegos, que ambas fueron conducidas al asilo de San Pablo (30).

Al sexto día evacuaron la ciudad los godos, y cargados de botín, se encaminaron hácia la Italia Meridional por la vía Apia, despojando y avasallando un país que les brindaba cuanto puede seducir á un conquistador, y nada de lo que puede infundirle miedo. Una infinidad de italianos buscaba refugio en tierras más distantes, algunos en las islas ó en Africa, otros en Egipto, en Belen y en Constantinopla, y aquellos que habían podido libertar sus bienes de la devastación, prestaban á los demás oportuno socorro. Gerónimo acogió á muchos de aquellos desterrados y les consoló en su infortunio. Compasivo ante el espectáculo de tantas miserias veía el cumplimiento de las profecías, y pensaba que estaba cercano el fin del mundo, con la ruina de Babilonia y de la prostituta del Apocalipsis. Empleáronse las riquezas de

(28) San Agustín las desaprueba, *De civ. Dei*, II, 17.  
(29) SOZOMENES, IX, 10.  
(30) SAN GERÓNIMO, *Ep.* 16, ad Princ. c. 6.

las iglesias en suministrar alimento á los pobres y en rescatar á los prisioneros. Después de haber perdido Proba, otra amiga de aquel santo, en el saqueo de la ciudad inmensos tesoros, cuando llegó á Africa distribuyó á los refugiados las rentas de vastas propiedades que poseía en aquel punto.

Lleno estaba el campamento de los godos de ciudadanos y de matronas de ilustres familias, que á la sazón esclavos y miserables juguetes de la fortuna, se veían reducidos á escanciar el vino de aquellas colinas, que ya no eran suyas, á los bárbaros; y, sentados éstos indolentemente bajo los plátanos, en los bosquecillos de laureles de las quintas de Cicerón y de Lúculo, gozaban las delicias de aquel hermoso cielo de Italia, prontos á lanzarse á nuevas lides y á nuevos estragos.

**Muerte de Alarico.**—Al llegar Alarico al estrecho de Mesina fijó sus ojos en Sicilia, que debía servirle de escala para trasladarse á Africa: pero una tempestad, que dispersó el primer convoy, hizo mirar á los godos con disgusto un elemento á que no estaban acostumbrados: luego la muerte de Alarico les apartó definitivamente de la idea de ir más lejos (412). Para dar sepultura al héroe torcieron el curso del Busentino, que baña los muros de Cosenza, abrieron una fosa en el cauce que había quedado en seco, y depositaron allí á Alarico con ricos despojos: enseguida volvieron el río á sus naturales orillas, no sin dar muerte á los esclavos á quienes habían ocupado en aquel trabajo, á fin de que nadie supiera por su conducto donde reposaba el que había sido terror de Roma ni que su sepulcro fuera violado por póstumas venganzas (31).

**Ataulfo.**—Todos los sufragios de los godos se reunieron entonces en favor de Ataulfo, cuñado del jefe á quien habían perdido. Secundando á Alarico en sus designios había concebido la posibilidad de cambiar un día la faz del mundo, y de elevar sobre los resíduos del poder romano un imperio godo. Pero la experiencia le había enseñado que la fuerza que derruye no edifica: para formar un Estado se necesitan leyes é instituciones, á que sus compatriotas no estaban preparados todavía. Propúsose de consiguiente merecería gratitud del mundo ayudando al imperio vacilante á cobrar aliento (32). Contuvo, pues, los golpes de la espada, ofreció la paz y su amistad á la corte imperial, que, á pesar de su insensato juramento, tuvo á dicha aceptar sus ofertas, y encargó á sus nuevos aliados la empresa de pelear contra los tiranos que habían usurpado el poder al otro lado de los Alpes. En virtud de esta comisión sacó Ataulfo su ejército de Italia, después de recorrerla y asolarla por espacio de cuatro años; y en calidad de gene-

(31) JORNANDES, *De rebus geticis*, c. 30.  
(32) Esto fué lo que dijo á un narbonense, quien se lo contó á San Gerónimo en una peregrinación á Tierra Santa en presencia de Orosio, que nos lo ha transmitido. Libro VII, 43.

ral romano ocupó á Narbona, Tolosa, Burdeos, y todo el país desde Marsella hasta el Océano. Sin embargo, los godos no talaron menos las campiñas como aliados que como enemigos, unas veces bajo pretexto de rebeliones, otras por indisciplina: eran gentes que durante su larga residencia en el imperio habían contraído vicios, no costumbres cultas.

Ataulfo se había enamorado de Gala Placidia, hija de Teodosio y de Gala, que, nacida en la púrpura, había querido tomar parte en los acontecimientos políticos, cuando sus hermanos indolentes la abandonaban al acaso. Hallábase dentro de Roma cuando llegó á asediarse Alarico por la vez primera; y por ligereza ó crueldad, asintió al suplicio de Serena, su prima. Hecha prisionera por los godos, fué tratada con miramiento y blandura, lo cual debió tal vez á la protección de Ataulfo, quien no tardó en prendarse de ella. Al solicitar su mano, los ministros de Honorio le disuadieron de la idea de consentir tan indigno parentesco, si bien Placidia pensó de distinta manera, y el matrimonio fué estipulado antes de que los godos traspusieran los Alpes: después se celebró solemnemente en Narbona. Vestida Placidia de emperatriz, tomó asiento sobre un espléndido trono; y más abajo, aunque cerca de ella, Ataulfo con traje á la romana, que ofreció á su esposa por dote nupcial los despojos del imperio. Cincuenta mancebos de esplendente hermosura, vestidos de seda, llevaron cada uno de ellos dos bandejas llenas, una de monedas de oro, y otra de piedras preciosas. El coro de los epitalamios era dirigido por Atalo, aquel emperador destronado, el cual no se había desdeñado de convertirse en cortesano del rey de los godos.

Pensábase en Italia en aplicar remedio á llagas que por lo recientes manaban sangre, y Campania, Etruria, Piceno, Samnio, la Pulla, la Calabria, el Abruzo, la Lucania, que habían padecido más en aquel duro trance, fueron eximidas del impuesto, salvo un quinto para el servicio de postas públicas. Las tierras vacantes fueron concedidas á los vecinos ó á los forasteros con exención de contribuciones, y asegurándolos contra toda demanda que pudieran promover sus antiguos poseedores. Se echó un velo sobre las faltas cometidas durante las últimas turbulencias, y se mostró empeño en proporcionar algún alivio á la antigua capital del mundo, donde abundaron víveres procedentes de Africa. Tornaron en tropel al seno de aquellos muros sus moradores, hasta tal extremo, que llegaron no menos de catorce mil en un solo día (33). Pero ¿cómo era posible lisongearse de una mejora duradera en medio de tan inminentes peligros? Violando el conde Heracliano la fe que había conservado constantemente á través de las circunstancias más críticas, hizo que se sublevara Africa: no contento con detener la esportación de trigas para

(33) Olimpiodoro, en Focio.

Italia, botó al mar una escuadra (34), desembarcó en la embocadura del Tíber y se dirigió sobre Roma. Pero fué derrotado por las tropas imperiales que se adelantaron á su encuentro, y huyó al Africa, donde cayó prisionero y se le cortó la cabeza.

**Constancio.**—Redundó esta victoria en honor de Constancio, quien gobernaba á su vez á Honorio después de la muerte de Alobico. Este ilirio, gallardo y robusto, como cumple serlo para agradar á la muchedumbre, sabía grangearse su afecto por la afabilidad de sus modales y el ingenio de sus agudezas. Su valor y su habilidad eran tales que, mientras conservó la dirección de los negocios, no solo estuvo Italia al abrigo de nuevas invasiones, sino que puso nuevamente bajo la dominación imperial á muchas provincias.

Ante todo atacó á las Galias. El emperador Constantino, que poseía allí la pequeña parte que habían dejado intacta los bárbaros, no había pensado en libertar á aquel territorio de los vándalos, de los suevos, de los alanos, y de otras hordas procedentes del otro lado del Rhin, sino solamente en unirse unas veces á estos y otras á aquellos para resistir á Honorio. Constante, su hijo, sometió fácilmente la España, que dejó tranquila entre las montañas y el mar, al conde Geroncio, revestido con el título de gobernador. Pero éste tardó muy poco en sublevarse y confirió la púrpura á un tal Máximo (octubre de 409), lo cual trajo consigo la guerra.

**Vándalos en España.**—Mientras se peleaba allí con encarnizamiento, los suevos, los alanos y los vándalos comenzaron á ejercer estragos en la Galia: llamados posteriormente por Geroncio, ó acosados por su propia codicia, salvaron los Pirineos, espulsaron á Constante y se apoderaron del país y de las florecientes ciudades de Mérida, Córdoba, Sevilla, Tarragona. Además, dividieron la Península sacando las provincias por suerte. Tocó Galicia á los suevos: Portugal y Cartagena á los alanos; á los silingos, tribu vándala, la Bética, que tomó de ellos el nombre de Vandalusia. Sometiéronse muchos naturales, después de haber recibido sobre los Santos Evangelios el juramento de que serían bien tratados, y la dominación bárbara pareció á los españoles una ventura, tras la sabia opresión de los magistrados romanos.

Constantino llamó para combatir á Geroncio, á los alemanes, y á los francos; pero antes de que tuvieran espacio de llegar en contra suya, Geroncio había derrotado (411) y muerto á Constante, y asediaba á su padre en Arlés. A este tiempo sobrevino de Italia Constancio, ministro de Honorio, igualmente enemigo de ambos usurpadores. Abandonado Geroncio por sus soldados, se vió en la absoluta necesidad de apelar á la fuga. Acometido

(34) Orosio dice que era de tres mil doscientas velas; Marcellino de setecientas.

con un escaso número de esclavos dentro de su casa, y rodeado de llamas, mató á Nonichia, su esposa, la cual le aconsejó que la sustrajera de este modo á la brutalidad del enemigo, y en seguida se dió muerte con su propia mano. Habiendo conseguido Máximo escapar de tamaño peligro, fué después restablecido en el trono por los nuevos invasores de la España, y entregado luego á Honorio, quien mandó que fuera degollado, no sin ofrecerle antes en espectáculo á Rávena y Roma. Cogido también prisionero Constantino en Arlés, fué enviado á Italia y muerto, aunque había creído hacer sagrada su persona ordenándose de sacerdote.

Temeroso el ejército de los francos y de los alemanes, quienes acudían para secundarle, que todos los esfuerzos del enemigo se tornaran en contra suya, revistió con la púrpura en Metz al galo Jovino (setiembre de 411), quien al punto salió á campaña con cuantas fuerzas le fué posible reunir de pronto. Constancio emprendió la retirada; pero Ataulfo, que volvía entonces de Italia (412), tuvo la fortuna de enviar la cabeza del nuevo usurpador á su cuñado. Después de haber vivido Atalo innoblemente en el campamento de los godos, abandonado por Ataulfo, fué llevado á presencia de Honorio, quien le espuso al público, para que en su capital fuera objeto de risa, mandándole cortar dos dedos antes de desterrarle á Lípári.

De esta manera Honorio, tan desprovisto de la lozania y robustez del cuerpo como de las luces del espíritu, triunfó en el trascurso de cinco años de siete competidores. Cuando debía mostrarse agradecido con Ataulfo y cultivar su amistad, le exasperó pretendiendo que le restituyera á Placidia. Impelido á seguir esta conducta Constancio, que aspiraba á la mano de aquella princesa, con el pensamiento de adquirir así derechos para encumbrarse al trono.

**Fin de Ataulfo.**—Ataulfo rompió al fin con el imperio, y habiendo tomado Constancio la precaución de asegurarse á retaguardia celebrando la paz con los bárbaros procedentes de la orilla izquierda del Rhin, consagró todos sus afanes á estrechar vivamente á los godos. Entonces se lanzó Ataulfo al otro lado de los Pirineos, y se apoderó de la ciudad de Barcelona; pero tuvo el acerbo dolor de perder allí un hijo: con posterioridad un hermano de Saro, enemigo personal suyo, llamado Sigerico, á quien había acogido á su lado á impulsos de una generosidad imprudente, le asesinó (415).

Su matador le sucedió en el mando, y degolló á los seis hijos de Ataulfo, arrancándolos inhumanamente de los brazos del obispo Sigisario. Vióse obligada la soberbia Placidia á andar á pié doce millas en medio de una turba de mujeres esclavas, delante del caballo del asesino de su esposo; pero después de siete días de dominación fué á su vez degollado y sustituido por Walia, que enemigo declarado de los romanos, recorrió hasta el mar la

España. Allí asaltó su mente el proyecto de Alarico de trasladarse al Africa con toda su hueste, si bien le apartaron de este designio las tempestades y los naufragios. Decidióse, pues, á entablar negociaciones con Constancio (416), comprometiéndose á entregarle Placidia, á combatir en favor de Honorio á los bárbaros de España, y á dar rehenes á condición de obtener en cambio seiscientos mil modios de trigo, y un territorio donde pudieran establecerse sus guerreros.

Walia atacó en la Bética á los silingos, estermínándolos totalmente, y restituyó el país á los romanos, no sin entregarles también el rey vencido. Redujo á los alanos de la Lusitania á tan estrechado apuro (418), que hubieron de retirarse á Galicia, donde se mezclaron con los vándalos. Honorio celebró el triunfo en virtud de estas victorias en el Capitolio, y Walia recibió de orden suya la Aquitania con Tolosa, para que fijara allí su residencia (419). Pero este jefe murió en el curso de aquel mismo año, y tuvo por sucesor á Teodorico I, hijo tal vez de Alarico, el cual consolidó y ensanchó considerablemente el poder de los visogodos.

Hacia esta época se establecieron en la Galia los francos y los burgundios. Honorio concedió á estos la Germania Primera, desde cuyo punto se estendieron poco á poco por el hermoso país que aun hoy lleva el nombre de Borgoña. Convertidos al cristianismo no tardaron en prosperar, especialmente á contar desde el instante en que el rey Gundecaro logró formar un solo pueblo de sus diferentes tribus. Imitáronles los francos después de haber combatido á los enemigos de Roma; y habiendo saqueado primero á Tréveris sin obstáculo, ocuparon lentamente toda la Segunda Germania. Al instalarse estos feroces guerreros en las tierras de una nación que perdía su nombre como pueblo, extinguieron la prosperidad primitiva del territorio, aun cuando no tomaran más que el título de huéspedes y reconocieran ser deudores de fidelidad al emperador de Occidente, de quien eran capitanes sus reyes.

Habiendo quedado desguarnecida de tropas la isla de Bretaña cuando el usurpador Constantino se trasladó con todas sus fuerzas al continente, los pictos y los caledonios se lanzaron de sus montañas, al tiempo que los piratas sajones y los hibernios desolaban las costas. En su consecuencia enviaron los bretones súplicas á Honorio, á fin de que les permitiera defenderse con sus propios recursos, lo cual les otorgó, encomendándoles que proveyeran á la salvación de la patria. Su ejemplo fué imitado (420) por los armóricos, pueblo que ocupaba en la Galia el territorio situado entre el Loira, el mar y el Sena: espulsaron de allí las guarniciones y los exactores, y luego se gobernaron por sí mismos. Después de haber domado momentáneamente á los usurpadores, pudo Constancio á los armóricos; pero inconstantes como eran y enemigos de todo yugo no tardaron en sacudirlo

antes lo habían hecho (35). Desde entonces ya no fué la Bretaña del dominio de los romanos; como independiente fué gobernada por el clero, por la nobleza y por las autoridades municipales.

De este modo iba cayendo pedazo á pedazo el coloso romano. Habíanse abandonado las cinco provincias de Bretaña; de siete solo quedaban tres en España, y aun había que contar muy poco con ellas. De las diez y siete provincias de la Galia, una se había declarado independiente, tres estaban ocupadas por los visogodos, otras tantas por los francos y sus aliados; la Germania Primera y una parte de la Máxima de los secuanos habían sido invadidas por los alemanes y por los burgundios. Para conservar el resto osó Honorio introducir en el gobierno del país apariencias de libertad. Ordenó á la Aquitania y á la Narbonense que convocaran anualmente una asamblea en Arlés, desde el 15 de agosto hasta el 13 de setiembre, compuesta del prefecto del pretorio en las Galias, de los gobernadores de las siete provincias, de los magistrados, quizá de los obispos de cerca de sesenta ciudades, y de un número indeterminado de ciudadanos, para la interpretación y la promulgación de las leyes; especie de representación nacional desconocida en el imperio, y que hubiera bastado á regenerarlo, si hubiera sido instituida en tiempo más oportuno y de una manera menos ilusoria. Pero del asombro experimentado por Honorio al ver cuán poco caso hacían aquellas provincias de tan precioso privilegio, solo participarán los que no saben hasta qué punto son vanas é insultantes las formas de la libertad bajo gobiernos arbitrarios.

Entretanto Constancio en Italia se ocupaba activamente en realizar sus deseos, no de cariño, sino de ambición, solicitando la mano de Placidia, de que al cabo fué dueño (421): ella obedecía en este acto la orden expresa de Honorio, el cual confirió tanto á ella como á su esposo el título de augusta. Sin embargo, cuando sus imágenes fueron enviadas á Constantinopla, Teodosio II no se dignó admitirlas, y se había hecho inminente la guerra cuando exhaló (2 setiembre) Constancio el último aliento en medio de sus preparativos militares.

**Muerte de Honorio.**—Tan luego como hubo terminado la existencia del que por espacio de once años había sostenido la debilidad de Honorio, empezaron de nuevo á agitarse numerosas intrigas en el seno de la corte. Placidia, á quien profesaba su hermano una amistad tan vehemente que la malignidad hallaba en ella asunto de severa censura, fué mal servida por envidiosos que al fin consi-

guieron convertir aquel acendrado cariño en profundo odio. Hasta tal punto llegaron las cosas, que después de muchos disturbios y de discordias, se vió obligada á buscar con sus hijos un asilo en la corte de Oriente (15 de agosto de 423). Honorio, que en el curso de su largo reinado, jamás había hecho cosa alguna más que á impulsos de sus allegados, no sobrevivió mucho tiempo á su partida. A fin de hacer el pueblo objeto de burla su voluptuosa indolencia, contaba que, al saber la toma de Roma por el enemigo, se mostró inconsolable hasta que se cercioró de que se trataba de la antigua metrópoli del mundo, y no de su gallina favorita, á la cual había dado este nombre (36).

**Sus leyes.**—Una de sus leyes prohibió el comercio á las personas de elevada clase, no como deshonroso, sino porque les esponía á hacerse, respecto de los demás, delincuentes de desafueros (37). Otra permitía á todo el que hallara leones en sus tierras darles muerte, aunque no cogierlos para traficar con ellos, teniendo más en cuenta la ventaja de los pueblos que los placeres imperiales (38). Es especialmente digna de atención otra ley por la cual recomienda que todos los domingos sean llevados los presos á presencia de los jueces para saber si algo les falta, y conducidos al baño, y por la cual encarga vigilen la ejecución de estas disposiciones los obispos, que se las habían sugerido sin duda. Otra ley preceptua á los obispos tener cuidado de que los esclavos cristianos no sean maltratados cuando regresan á sus casas (39).

Puede decirse que el paganismo recibió el golpe de gracia en sus tiempos. Arcadio ordenó derribar los templos, tanto en las ciudades como en las campiñas, y emplear sus materiales en la reparación de puentes, de caminos reales, de acueductos y de las murallas de las ciudades. Despojóse á los ministros de los ídolos de todo privilegio y se prohibió bajo las más graves penas todo culto supersticioso (40). Honorio amenazó por su parte con la pena capital á todo el que sacrificara á los falsos dioses; abolió las rentas de los templos, y destinó á usos públicos estos edificios, castigando á los funcionarios que toleraran los sacrificios, y encargando á los obispos el impedir que fueran celebrados (41). En su consecuencia fueron demolidos

(36) PROCOPIO, *De bello gothico*.

(37) *Cod. Justin.*, IV, 63, l. 3.

(38) *Cod. Teod.*, XV, 12, l. 1.

(39) *Idem, de cust. reor.*, l. 9.—*Cod. Just. de episc. aud.*, l. 11.

(40) *Cod. Teod.*, XVI, 10, l. 13 y sig.

(41) Esta es la ley que reconoció oficialmente el cristianismo como la única religion dominante: *Templorum detrahantur annonae, et rem annonarium jubente, expensis devotissimorum militum profutura. Simulacra, si qua etiam nunc in templis fanisque consistunt, et qua alicubi ritu vel acceperint vel accipiunt paganorum, suis sedibus evellantur, cum hoc repetita sciamus sapius sanctione decretum. Adifi-*

(35) El monge Errico pinta de este modo su carácter en la vida de San German, lib. V.

*Gens inter geminos notissima clauditur amnes*

*Armoricana prius veteri cognomine dicta,*

*Torva, ferax, ventosa, procax, incauta, rebellis,*

*Inconstans, disparquet sibi novitatis amore,*

*Prodiga verborum, sed non et brediga facti.*

muchos templos; otros fueron consagrados al culto del verdadero Dios, como el de la diosa Celeste en Cartago; edificio notable, que, célebre por la

*cia ipsa templorum, que in civitatibus, vel oppidis, vel extra oppida sunt, ad usum publicum vindicentur; aræ locis omnibus destruantur; omniaque templa in possessionibus nostris ad usum adcomodos transferantur; domini destruere cogantur. Non liceat omnino in honorem sacrilegi ritus funestio-*

devocion de los fieles, ocupaba con sus dependencias un espacio de dos millas cuadradas.

*ribus locis exercere convivium, vel quidquam solemnitate agitare. Episcopis quoque locorum, hæc ipsa prohibendi ecclesiasticæ manus tribuimus facultatem; iudices autem XX librarum auri pœna constringimus; et pari forma officiorum, si hæc eorum fuerint dissimulatione neglecta. Dat. 17 kal. dec. Romæ (408). Cod. Teod., XVI, 10, l. 19.*

## CAPITULO XIV

### ARCADIO.—TEODOSIO II.—VALENTINIANO III

No se hallaba á la sazón en circunstancias menos azarosas el imperio de Oriente. La monarquía, á que no oponía obstáculo ningún recuerdo de antiguos privilegios, obraba allí con mas segura confianza que en las provincias occidentales; á la par que estas abarcaban países que apenas habian salido de la barbarie, el imperio de Oriente se dilatava sobre reinos famosos por su antiguo renombre ó por su ciencia; pero toda la ventaja que sacaba de esto se reducía á sutilezas sofísticas, á ejemplos de intrigas, de sumision absoluta y de lujo estravagante. Una diadema de oro recargada de diamantes orna las sienes del sucesor de Constantino, enteramente vestido de púrpura y de seda tachonada con dragones bordados de oro: lleva brazaletes y zarcillos de estraordinario precio: su trono es de oro macizo: de oro tambien, á lo menos en apariencia, eran las lanzas, los escudos, las corazas, los arreos de los caballos para uso de los cortesanos, de los guardias, de los ministros, que rodean al monarca cuando se presenta en público. Dos mulas de estremada blancura con aparejos maravillosos tiran de su carro de oro con cortinaje de púrpura, blanca alfombra y adornado de enormes piedras preciosas. Cubre polvo de oro el pavimento de los salones, de las escaleras, de los patios del palacio, donde acuden las personas opulentas á arrastrarse á las plantas de algun eunuco favorito (1).

¿Era bastante toda aquella pompa á encubrir la ineptitud del jóven Arcadio? Incapaz de obrar por sí, se confiaba, como Honorio, á favoritos que alternativamente se enseñoreaban del poder para engolfarse á su antojo en innumerables abusos.

(1) Estos detalles han sido entresacados por el Padre Moutfaucou de las obras de San Juan Crisóstomo.

Después de la caída de Rufino, como ya hemos dicho, se dejó gobernar por el eunuco Eutropio, quien, no contento con el influjo secreto ejercido por sus iguales bajo los príncipes anteriores, aspiró á ser magistrado general. Viósele presentarse en el Senado para pronunciar allí fallos; delante del ejército cubierto con una armadura, menoscabando y envileciendo de este modo las más altas dignidades á los ojos de amigos y de enemigos. A él habia necesidad de dirigirse para obtener grados, favor ó justicia. Erigíale la adulacion estatuas de mármol y de bronce, pregonando las virtudes cívicas y militares del tercer fundador de Constantinopla. Hubo sin duda de mover á risa oírle cómo se titulaba padre del emperador, á la par que debió causar espanto ver condecorado con el nombre de cónsul á aquel eunuco, poco antes esclavo (2). Honorio se negó rotundamente á reconocerle como tal y hasta declaró cómo no llegadas á Occidente las órdenes procedentes de Constantinopla, san-

(2) Claudiano representa á Roma dirigiéndose á Horacio y exclamando:

*Inter Arintia fastus, et nomen herile,  
Servus erit...*

*Si nil privata movebunt,  
At tu principibus, nostræ tu prospice causæ,  
Regalesque avertit notas...*

*Contagia fascibus, oro,  
Defendas ignava tuis...*

*Nam quæ jam bella geramus  
Mollibus auspiciis? quæ jam connubia prolem,  
Vel frugem latæra sages? quid fertile terris,  
Quid plenum sterili possit sub consule nasci...  
Eunuchi si jura dabunt, legesque tenebunt,  
Ducant pensa viri.*

In Eutrop., I.

¡Elegantes sofismas!